

ZIP

Por **Bernadine Beatie**

TAN pronto como Juanito llegó de la escuela se dio cuenta de que su perrito blanco y negro había vuelto a hacer alguna travesura, porque no salió a recibirlo al portón como de costumbre.

-¡Zip! ¡Zip! -llamó Juanito.

Zip salió arrastrándose de debajo de un arbusto. Tenía una de las orejas parada y la otra caída sobre su carita. Juanito no pudo aguantar la risa. Cuando Zip oyó que Juanito se reía, comenzó a saltar y a correr en círculos.

La madre apareció en el porche de adelante.

-Juanito -dijo-, Zip ya no es más un cachorro de modo que no puedo pasar por alto sus travesuras. Hoy cavó un hoyo debajo de la cerca y arruinó el cantero de flores de la Sra. Colman. ¡Tienes que enseñarle a portarse bien!

-Sí, mamá -prometió Juanito. Pero Zip era tan divertido y bonito que Juanito no tuvo corazón de regañarlo. En cambio ayudó a la Sra. Colman a replantar sus flores.

Al día siguiente la mamá lavó una de las frazadas y la colgó en la cuerda. Cuando entró en la casa, Zip vio la frazada, la tomó por un extremo con la boca y comenzó a tironearla juguetonamente. Uno de los broches saltó de la cuerda. Tiró más, y saltó otro broche. Entonces dio un tirón fuerte y cayó el tercer broche y también la frazada. Entonces le pareció muy divertido arrastrarla por todo el patio.

Ese día cuando Juanito regresó de la escuela, la mamá dijo:

-Juanito, tendrás que hacer algo para enseñar a ese perro -y le contó lo que había ocurrido con la frazada.

-Muéstrale al perro la frazada -le dijo-, y haz que entienda por qué lo castigas.

Juanito trató de castigar a Zip, pero éste se puso a brincar a su alrededor como un payaso. Entonces saltó a los brazos de Juanito y le lamió la cara. Este tuvo que reírse. Se olvidó de castigarlo y comenzó a jugar con él en el patio.

Esa noche Juanito oyó que la mamá le decía al papá:

-Parece que Juanito no puede hacer nada con ese perro. Hay sólo una cosa que puede hacerse: ¡Regalar a Zip! Más tarde le conseguiremos un buen perro al cual se le haya enseñado a obedecer. Juanito retuvo el aliento. No quería un perro lindo sino a Zip... y sólo a Zip.

-Dale unos días más a Juanito -sugirió el papá-. Quizás enseñe a Zip cómo comportarse.

Juanito no podía dormir. Ahora le pesaba no haber castigado a Zip por sus travesuras. De pronto se acordó de un cartel que había visto en una tienda donde vendían perros, frente a la cual tenía que pasar cuando iba a la escuela. El anuncio decía: "Se entrenan perros". Decidió pues ir a ver al Sr. López, el propietario de la tienda.

De manera que al día siguiente se levantó más temprano que de costumbre, se alistó y salió para la escuela. Al llegar al comercio, se detuvo para conversar con el Sr. López.

-Sí, es verdad, yo entreno perros -le informó el Sr. López-, pero eso cuesta mucho dinero.

-Yo tengo tres pesos y ochenta centavos que he estado ahorrando para comprar una pelota de fútbol -respondió Juanito-. Pero si Zip no aprende a portarse bien, temo que mamá lo regalará.

-Y no se lo tomo a mal -comentó el Sr. López-. Un perro desobediente es casi tan feo como un chico desobediente. Zip es tu perro y tú eres responsable de su comportamiento.



Juanito quedó pensativo.

-Nunca lo pensé así. Me parecía que Zip era muy divertido.

-Mira lo que haré, Juanito. Te prestaré un libro que enseña cómo adiestrar perros. Si eres constante y paciente, tú mismo lo puedes adiestrar. Evidentemente no es un perro malo, sino echado a perder. El dueño de la tienda de animales le prestó también a Juanito un collar y le mostró cómo ponérselo a Zip. Y Juanito se lo puso.

-¿Lo lastimará? -quiso saber Juanito.

-Solamente cuando desobedezca -le aseguró el caballero. Y ni aun entonces lo lastimará, pero le recordará que debe obedecer.

Esa tarde Juanito comenzó a trabajar con Zip. Le puso el collar al cual ató una correa. Luego, de acuerdo con las instrucciones del libro, le ordenó que lo siguiera. Comenzó a caminar lentamente, manteniendo tirante la correa. Cada vez que Zip saltaba o trataba de adelantarse, el collar le apretaba la nuca. Zip dio unos aullidos y miró a su amo como rogándole que lo soltara.

Juanito tuvo la tentación de arrodillarse al lado de su perro y consolarlo, como siempre solía hacerlo. En cambio continuó dándole órdenes suavemente, hasta que Zip lo siguió bien de cerca, como se esperaba de él. Juanito se dio cuenta de que Zip aprendía con mucha facilidad. Antes de mucho sabía obedecer las órdenes que su amo le daba aun cuando no lo tuviera por la correa. Aprendió a buscar objetos y a traerlos, a mantenerse alejado de los canteros de flores y cosas por el estilo. Cuando hacía bien lo que le ordenaba, Juanito lo elogiaba y lo acariciaba y Zip parecía estremecerse de alegría cuando recibía la aprobación de su amo, como si se hubiera enorgullecido de agradarle.

Los padres de Juanito se quedaron asombrados ante los progresos de Zip.

En la ocasión en que Juanito le dio la orden, y Zip trajo el diario de la tarde y se lo entregó al papá, la madre tuvo que admitir que Zip había cambiado mucho.

-¡Muy bien! -lo alabó la madre, acariciándolo-. Llegarás a ser un buen perro.

Juanito interpretó lo que su madre decía como una promesa de que él podría seguir teniendo a Zip. Y resolvió enseñarle muchas cosas más. Comprendió que el Sr. López tenía razón. Era mucho más interesante ser dueño de un perro bien educado que de un perro desobediente, y también comprendió que él era responsable del comportamiento de su perro.